

Mujeres Latinoamericanas:
Entre el desarrollo y
la supervivencia

Pilar Sanchiz Ochoa
Isabel M^a Martínez Portilla (Coords.)



UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA
Sede Iberoamericana Santa María de La Rábida

*Edita: Universidad Internacional de Andalucía
Sede Iberoamericana de La Rábida*

*Colección: «Encuentros Iberoamericanos», nº 6
Secretaría Colección: María Dolores Lobo García*

*Mujeres Latinoamericanas: Entre el desarrollo y la supervivencia
Dirección: Pilar Sanchiz Ochoa
Isabel M^a Martínez Portilla.*

© *De la edición: Universidad Internacional de Andalucía
Sede Iberoamericana de La Rábida*

© *De los capítulos: Los autores correspondientes*

Depósito Legal: SE - 2601 - 99

I.S.B.N.: 84-7993-016-0

Portada: Asamblea constitutiva de la Organización de Mujeres Guatemaltecas
«Mamá Maquín». Chiapas, México, Agosto de 1990.
Fotografía: Isabel M^a Martínez Portilla

Composición, e Impresión: Selecciones Gráficas Manuel Carmona, S.L.
Juan Sebastián Elcano, 18. SEVILLA

1^a edición: 1999

DIMENSIÓN POLÍTICA DE LOS MOVIMIENTOS DE SOBREVIVENCIA

Norma Villarreal Méndez

Socióloga. Asesora del Programa de Desarrollo Participativo Fundalf.
Investigadora en la Universidad Javeriana

Este ensayo se propone mostrar las particularidades que asume la participación de las mujeres de los sectores populares en el marco de las estrategias de desarrollo de corte neoliberal y de modernización del estado colombiano. El análisis no se centra en las formas convencionales de participación política. La intención es explorar el significado y dinámica de la participación de las mujeres en grupos comunitarios, grupos de amas de casa, organizaciones de mujeres jefes de hogar, asociaciones de madres comunitarias. Estos grupos que surgen para reclamar y /o gestionar servicios de básicos, para «colaborar» con el estado prestando servicios de atención a los llamados sectores vulnerables, también son el resultado de la autogestión de las mujeres de base para reivindicar vivienda, escuelas y alimentos para los centros de atención de preescolares. Constituye una oportunidad para profundizar el análisis de la participación política desde uno de los sectores del movimiento social de mujeres.

I. LAS MUJERES COLOMBIANAS Y SU CONSTRUCCIÓN COMO SUJETOS POLÍTICOS.

La sociedad colombiana arriba a la década de los noventa con los indicadores de desigualdad social incrementados. El empeoramiento de la calidad de vida de las familias producido por el desempleo y el subempleo con una más baja inversión social, hacen más precarias las condiciones de las mujeres. Muchas de ellas salen del mercado de trabajo formal desde la década del ochenta y tuvieron que crear su propio empleo. Además como simultáneamente se presenta un aumento de las familias monoparentales, cuya responsabilidad recae en la mujer, quien tiene que hacer frente a las responsabilidades de proveer alimentos

y tiene que soportar las carencias de la infraestructura de servicio, es fácil suponer que se asiste a un aumento en el deterioro de la salud física y mental de las mujeres en los hogares que se agrava con una violencia intrafamiliar incrementada. Bajo estas presiones generadas por la pobreza, las mujeres de los núcleos urbanos se han venido organizando, en tanto madres, para presionar colectivamente por servicios básicos. Luchan por las escuelas para sus hijos, manifiestan para que se apoyen los servicios de las Casa vecinales que prestan servicios a preescolares, escolares y ancianos. Es desde las presiones para conseguir respuestas frente a necesidades prácticas de género como las mujeres acceden al espacio público para demandar una mejor calidad de vida para sus hijos.

Desde el punto de vista de la macropolítica, estos procesos barriales de las madres quedan presos de los juegos de autoritarismo político porque no alcanzan a convertirse en palancas para que las mujeres sean incluidas en los arreglos democráticos sino que pasan a ser potencial electoral que reclaman y usufructúan los agentes de la política convencional.

En la mayoría de los casos las propuestas y gestión de las mujeres en los barrios resultan desnaturalizadas como un quehacer autónomo. Suelen ser manipuladas por los políticos y aprovechadas por el estado. De expresión genuina de las luchas de las mujeres llegan a ser convertidas en formas de intercambio clientelista para aumentar la legitimidad del gobierno o aumentar la base electoral de los candidatos a las corporaciones.

Lo que se inicia con un protagonismo de las mujeres, tiende a quedar a merced de las negociaciones con las cúpulas de los partidos, tanto de los que apoyan al establecimiento, como de aquellos que lo critican, y con las élites burocráticas del estado. Las mujeres populares crean un espacio de participación desde sus necesidades prácticas que se convierte en un campo de fuerza de la disputa política. De él son invisibilizadas: se les excluye en términos de acceso a las estructuras políticas; pero se les incluye en términos de crear la base social necesaria para el debate electoral, ya que su movilización por el mejoramiento de las condiciones de la familia les hace adquirir influencia y reconocimiento en la comunidad local, en una especie de división sexual de la representación política.

Desde el estado, los partidos y los políticos se ha venido refinando la capacidad de apropiarse del poder que genera el trabajo de las mujeres en los distintos escenarios. (en los barrios y localidades rurales, en los partidos e instituciones de gobierno, en cooperativas y sindicatos), estimulando su participación formal, que en la práctica se traduce en un limitado acceso de su gestión en los espacios de dirección, de forma proporcional al trabajo que desarrolla en las comunidades de base.

En la necesidad de preservar la vida, movimientos de mujeres se han manifestado desde la diversidad contra las distintas formas de violencia. Primero en el período de la violencia partidista; en la etapa de violencia represiva desde el estado y también en años más recientes contra la violencia como

opción política para el cambio, apoyando las vías de la concertación, sin que haya podido tener representación permanente en las varias mesas de diálogo.

II. POLÍTICA SÍ, POLÍTICA NO. DÓNDE ESTÁN LOS LÍMITES?

En los años finales de la década del 80 y los primeros de la presente, se ha venido perfilando la participación, respecto de las distintas formas de violencia que enfrenta de una manera dual: por un lado se evidencia su exclusión de las conversaciones a favor de un diálogo y una salida negociada al conflicto y una inclusión por parte de distintos grupos, especialmente de sectores medios y ONGs para desarrollar un activismo político para prevenir y penalizar la violencia intrafamiliar.

El bipartidismo, el clientelismo, la desigualdad social, y las distintas formas de violencia recreadas por el narcotráfico y el paramilitarismo han sido el marco sociopolítico donde se han producido y reproducido las formas de inclusión y exclusión de los colombianos y colombianas y en donde ellas se han reconocido como colectivo que enfrenta distintas discriminaciones, con expresiones particulares según las diversas categorías de mujeres.

En los sistemas de género existen formas de representaciones del poder surgidas de la existencia diferenciada de papeles sociales de hombres y mujeres. Esto ha llevado a que hombres y mujeres hayan conseguido visibilizarse creando y reteniendo formas de representación modalidades de reconocimiento que constituyen formas de intercambio socio-político y llegan a configurar estrategias particulares para la interlocución y negociación frente a los poderes formalmente constituidos. Su movilización se da desde una diversidad de acciones en distintos espacios, lideradas ideológicamente por las expresiones del movimiento y el pensamiento feminista. Las modalidades de la participación de las mujeres han sido identificadas como de carácter político ya se sea que se relacionen tanto con la toma de su conciencia y movilización como sujetos de derecho, o con el desempeño de sus roles culturalmente aprendidos y legitimados en la construcción social del género, que atribuye roles, sustenta una división sexual del trabajo y determina los intercambios sociosexuales en una dinámica de ejercicio de poder.

Los procesos de empobrecimiento y la puesta en marcha de programas y políticas compensatorias, así como los procesos de democratización que se perfilaron en la década del 80 en los cuales las mujeres jugaron papel fundamental dieron lugar a que aparecieran formas variadas de movilización de las mujeres de distinta procedencia geográfica, étnica, diversidad social y ciclo biológico (afroamericanas, campesinas, indígenas). Ellas han reclamado mejores condiciones económicas para sí, para su localidad, región y/o su familia. Tales movilizaciones o demandas se han venido realizando también desde una diversidad organizacional, con diverso grado de conexión con el Estado.

Aunque no aparecen como inmediatamente políticos, los movimientos de mujeres por los servicios básicos, suelen ser integrados como parte del

discurso y accionar del Estado. El trabajo de estas mujeres reemplaza y complementa al del Estado para resolver necesidades de reproducción global de la sociedad y asegurar un determinado nivel de ejecución de los programas y proyectos que implementan las políticas y estrategias de desarrollo. Con ello se ha venido generando una particular dinámica de las relaciones Estado-Sociedad-Movimientos de mujeres.

Se ha viabilizado una inclusión a partir del desempeño en el espacio público de actividades adscritas socialmente al colectivo de las mujeres en nuestra sociedad en donde adquiere relevancia el papel materno de productora y reproductora de la vida y de las condiciones materiales y espirituales de la vida (cuidado y socialización), circunstancia que dado el incremento de varones desaparecidos y los desplazamientos de sectores de población, el crecimiento del número de hogares a cargo de las mujeres, tiende a aumentarse.

Estas formas de actividad de las mujeres realizadas desde sus responsabilidades y arreglos de género y el papel que cumplen por su relación con la sociedad y el Estado, tiene connotaciones políticas y obliga a modificaciones o ampliaciones de las categorías en uso. Por ello conceptualmente consideramos que todo aquel esfuerzo que se oriente a modificar la realidad o conservar lo que lo determina, hace parte del marco de la política.

Aquellas actividades que realizan las mujeres que apuntan a cambiar las condiciones de acceso a los factores básicos para modificar su calidad de vida y los de su familia; y aquellos procesos que las hace tomar parte en decisiones locales o generales que las involucra como madre o ciudadana, que ellas adelantan desde los barrios o localidades rurales constituyen una forma de hacer política, aún cuando esté ausente el proceso de elección para ocupar cargos en las corporaciones.

Los límites del ejercicio político entre los hombres y las mujeres esta en la apropiación de los resultados del quehacer político. Las mujeres son expropiadas de los resultados del trabajo político, independientemente que como singularidades unas pocas logren llegar a algunas posiciones de poder. Las mujeres como colectivo no retienen para sí y para su ejercicio ciudadano, el poder social que crean. En la mayoría de las ocasiones ese poder que crean y ejercen se vuelve poder del otro.

Las experiencias de participación que tienen las mujeres desde los espacios locales pueden contribuir a elevar la percepción que las mujeres tienen de sí mismas, de su capacidad de transformarse ella misma y de incidir sobre su entorno.

Pero también pueden ayudar a que se piense como una posibilidad de retener poder para sí. El que pueda lograrse efectivamente depende del escrutinio sobre ese poder. Estará en relación con la capacidad de los grupos de mujeres de crear formas y prácticas democráticas de relación.

Las movilizaciones y demandas que hacen solas o en conjunto con el movimiento social forman parte del espectro de las luchas sociopolíticas. Es presión para conseguir cambios en las manifestaciones del modelo de desarrollo económico y sociopolítico.

De igual manera toda presión que se oriente a conseguir cambios en la posición de las mujeres, en la sociedad, en la comunidad local, en la familia y en las distintas redes y grupos que conforman las experiencias de relación y que hacen parte del tejido social, son en sí mismas luchas de carácter político para transformar las relaciones de poder.

En suma, el conjunto de las acciones que las mujeres hacen para incidir en las condiciones socioeconómicas y culturales y en la generación de estructuras y micro estructuras de poder y que facilitan una nueva forma de relación y el desarrollo de una capacidad de influencia y negociación, constituyen una modalidad de la participación política. Esta transforma al sujeto de la acción y a la acción misma pues van construyendo nuevas formas de pensamiento y acción para aprehender la realidad y modificarla (Rosanda:1982).

III. LA EXCLUSIÓN Y LA INCLUSIÓN POLÍTICA: DOS EXPRESIONES DE UN MISMO PROCESO

La exclusión de las mujeres en las estructuras políticas formales sigue siendo una constante en la sociedad colombiana. El actual gobierno que decidió pagar la «deuda social a las mujeres» sólo tiene dos ministras. Aunque se han ido modernizando las instituciones del estado y se haya consagrado un artículo en la constitución en donde se señala su deber de garantizar la participación de las mujeres en los organismos estatales, no se ha podido conseguir que se reglamente tal artículo. La política de Equidad y Participación para la mujer, aprobada recientemente, ni la inclusión del tema mujer en el Plan de Desarrollo, no cuenta con recursos de presupuesto, lo cual hace dudar de su viabilidad.

Los resultados de la movilización de las mujeres en torno a los partidos para que amplíen su base social, les siguen siendo expropiada. El resultado ha sido la reproducción ideológica y con ello la permanencia del discurso de la feminidad, es decir la reproducción del sistema de género.

La creación y ampliación de vínculos de grupos de mujeres con organizaciones cívicas y comunitarias han constituido fuentes de poder en el nivel local; pero en tanto no son retenidas por las mujeres y se sigue transfiriendo a los varones para que queden representados en los espacios decisorios, siguen contribuyendo al mantenimiento de un poder autoritario que subordina e impide la apropiación de plenos derechos ciudadanos por las mujeres. En el campo de lo electoral se expresará en la ampliación de una base electoral, que son apropiados por el gobierno y los partidos sin mediación de la representación femenina.

A la búsqueda de reconocimiento y de ubicaciones estratégicas mujeres de todos los niveles sociales han realizado activismo político tratando de canalizar el voto femenino que siempre ha sido esquivo sin que se logre que un número importante de mujeres, puedan ser inscritas en renglones apropiados para salir elegidas.

A raíz de la creación del sistema de elección de corporaciones para el gobierno local por medio de las Juntas de Administración Local, muchas dirigentes cívicas que tienen trayectoria de trabajo pensaron que su compromiso y

evidente actividad en el mejoramiento de los distintos barrio, las hacían merecedoras del apoyo popular para iniciarse como Ediles; pero no sólo no hubo un apoyo a los muchos nombre de mujeres, sino que fue causa de rupturas de grupos y organizaciones que aparentemente estaban consolidados por un largo tiempo de trabajo juntas.

Las mujeres de los sectores populares participan de los comités cívicos en donde desempeñan prioritariamente tareas de propaganda y actividades financieras, cuyo protagonismo político apenas le sirve para consolidar su permanencia como dirigente cívica del barrio. A veces incluso las expectativas materiales que se generan y que casi nunca cumple el político, puede llevar a un proceso de desprestigio.

En las comunidades más pobres como en las conformadas en las zonas de Aguablanca de Cali, Ciudad Bolívar de Bogotá y la comuna nororiental de Medellín, las mujeres están aportando soluciones y trabajo para reconstruir el tejido social debilitado por la pobreza y para minimizar las explosiones sociales frente a la dureza de los ajustes, maximizando los escasos recursos que se orientan al desarrollo social: son las mujeres vinculadas a los programas de Hogares comunitarios con comedores escolares y programas de recreación para prevenir la violencia y la drogadicción. Han conseguido la instalación de centros de salud y han trabajado para el funcionamiento de escuelas, de boticas comunales y cooperativas o expendios de alimentos básicos. Han conseguido y aún siguen reclamando la extensión de las redes del acueducto de muchos puntos del país, mejorando la acción del Estado, sin que cristalice su acción en poder local real. (Memorias: 1991).

De esta manera, las carencias sociales y la incapacidad del Estado para ofrecer alternativas a los sectores más pobres, junto con el trabajo de las ONGs que han impulsado proyectos financiados por la cooperación internacional, aprovechando una estrategia participativa de los sectores populares para mejorar su calidad de vida, han sido coadyuvantes en el proceso organizativo que se ha desarrollado entre estas mujeres. Estas organizaciones y otras que fueron saliendo de procesos autógenos de las comunidades barriales urbanas y de los espacios rurales, se han venido articulando a los movimientos sociales, a los movimientos sociales que han movilizad el reclamo popular a lo largo de la década del 80 y que siguen demandando la presencia del Estado en los años de la presente década.

IV. MICROPODERES Y REPRODUCCIÓN POLÍTICA DE LA IDEOLOGÍA DE GÉNERO

Desde el espacio del barrio, desde las juntas de acción comunal en las ciudades y en las aldeas rurales las mujeres van desarrollando poderes de interlocución con político y con agentes del gobierno. En ocasiones se vuelven objeto de actividades clientelistas por parte del Estado o los políticos, en la resolución de sus intereses y de sus tareas que las convoca como madres; la escuela, la salud, la vivienda los servicios. A su vez las mujeres de los sectores medios y

altos vinculados a los grupos voluntarios consiguen figuración en la sociedad y ser convocadas por el gobierno como madres en espacios de debate y análisis del sector social.

Sin embargo de que las mujeres logran visibilizarse, la actividad en las organizaciones de base no siempre puede agenciar transformaciones en la posición subordinada que tienen las mujeres de los sectores populares, ya que a veces las movilizaciones y reclamos se circunscriben a aspectos muy puntuales de su relación con el gobierno, sin integrarlo a reflexiones mayores ni a articularlo a los procesos de transformación de sus relaciones en el hogar o en los espacios sociales donde se desenvuelve. Eso hace que el proceso pueda ser controlado por el estado o los políticos y que se revierta en contra de las mujeres a través de respuestas específicas que no posibilitan cambios significativos en el patrón de relaciones: Mujeres-Sociedad- Estado. Los apoyos económicos o en infraestructura, que generalmente se derivan de los procesos de intervención del Estado por la presión de las organizaciones que lideran las mujeres en los barrios pueden llegar a recrear y consolidar, y de hecho lo hacen, una relación diádica clientelar que tiene como resultado la promoción de liderazgos manipulados propiciando rivalidades que rompen las organizaciones, e impiden la consolidación de procesos autónomos, con los que el resultado es la reproducción de la subordinación. Puede que las mujeres de base salgan del «cerco» tradicional que ha sido el hogar o la actividad doméstica. Pero en esencia no se logra un cambio de los términos de las relaciones de poder, sino por el contrario, una redefinición de los espacios de subordinación y de reproducción del sistema de género.

El conocimiento de las prácticas de las mujeres vinculadas a los programas de Hogares Comunitarios del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar ICBF de todo el país y de las Casas Vecinales que funcionan con apoyo de la Secretaría de Bienestar Familiar del Distrito Especial de Bogotá que se han aglutinado en organizaciones como Sindicatos de Madres Comunitarias, algunas de corte nacional como ANCOLOMBIA (Asociación de Mujeres para una Colombia Mejor) y otras de corte local como PRONÍÑEZ y FUNDAC en Bogotá sugieren que estas experiencias en las comunidades de base son susceptibles en convertirse en otra clase de poder, poder maternal.

La ideología que subyace en las estructuras patriarcales latinoamericanas confiere poderes de representación a las mujeres en la comunidad local rural o barrio urbano por el hecho de ser madres y así son convocadas y reconocidas. Pero tampoco se desestima que se fueran creando micropoderes presididos por ellas, en tanto el barrio se va convirtiendo en espacios de demanda y reclamos a partir de las responsabilidades crecientes como madres y cabezas de hogar, circunstancias que están aumentando hasta el punto de ya existir Asociaciones de mujeres jefes de hogar como la que funciona en Bogotá, probablemente surgido a raíz de programas del pasado gobierno, para las familias con jefatura femenina y que probablemente se incrementen por los resultados de mecanismos compensatorios de la política de Red de Solidaridad Social, estrategia de atención foca-

lizada en los sectores mas pobres, del actual gobierno. La posibilidad que de estas acciones se dé el salto a un proceso de visibilización política y con ello el acceso a las estructuras políticas, esta por verse. Es cierto que las experiencias de las mujeres en los barrios son las que explican que en el nivel de las divisiones territoriales de Bogotá y de otras ciudades de Colombia, una importante proporción de las ediles elegidas hayan sido mujeres (15% en las elecciones de 1992 en Bogotá en las corporaciones del gobierno local), pero también podría sugerir que puede estarse conformando una representación espacial sexuada de la política; es decir que en los centros de poder estratégicos, la representación mayoritaria sea masculina, mientras que en aquellas donde la importancia de la elección radique en la posibilidad de atender con eficacia las necesidades de la población, se elijan a mujeres.

Con lo anterior, se podría retrasar una toma de conciencia por parte de las mujeres sobre sus verdaderos objetivos de reivindicación, lo que permitiría ser movilizadas desde «arriba» logrando una participación y una actitud más moderna, desde el estado.

En la actual coyuntura política aparecen algunos procesos en el estado que podrían introducir un nuevo tipo de relaciones dadas las ofertas del presidente actual y algunas de las medidas que ha tomado en el sentido de institucionalizar una política hacia la mujer; sin embargo también quedan dudas pues los planteamientos de la representación del movimiento de mujeres en la Comisión Nacional de Planeación, haciendo parte de la Comisión Consultiva conformada por la sociedad civil para aportar a una planeación participativa, según el mandato de la Constitución aprobada en 1991, no fue incluida tal como se esperaba en el documento que preparó Planeación Nacional para que fuera presentado a debate y aprobación por el Congreso.

BIBLIOGRAFÍA

Mujeres latinoamericanas en cifras. Colombia. 1993. Instituto de la Mujer, Ministerio de Asuntos Sociales de España y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).